

ARTE

‘The Crown’: Churchill, retratos quemados y espías

ANÉCDOTAS La historia de los episodios más artísticos de la serie de Netflix.

Rafael Mateu de Ros. Madrid

La mayoría de ustedes conocerá esta famosa serie de Netflix, posiblemente una de las mejores que se han hecho nunca, acompañada, por cierto, de una soberbia banda sonora. La relación de la Corona con el mundo del arte y la cultura podría haber dado mucho más de sí a los guionistas, a pesar de lo cual, la serie incluye dos episodios que no tienen desperdicio. En la temporada 2 se relatan las peripecias del retrato destruido de Winston Churchill, uno de los protagonistas de la primera etapa de la serie. En 1954, el ya entonces reputado artista Graham Sutherland (1903-1980) recibió del Parlamento el encargo de pintar a Churchill en 1954 como un regalo por los 80 años del entonces aun primer ministro.

El encargo en sí resulta un tanto sorprendente. Sutherland trabajó el grabado, el arte textil, formó parte del proyecto de *artistas de guerra* en el frente doméstico, representando las minas, la industria y los daños de los bombardeos y fue activo artista de obra religiosa desde su conversión al catolicismo como muestra el enorme tapiz de *Cristo en Gloria* de la nueva Catedral de Coventry.

Churchill muestra a lo largo de varios capítulos de la saga su mal humor, su intemperancia y hasta su desprecio hacia el artista del que afirma que “huele de lejos a socialista”. Cuando vio el cuadro por primera vez en el solemne acto de entrega celebrado en Westminster Hall el 30 de noviembre de 1954 no se le ocurrió nada mejor, en presencia del artista, que bromear en tono de mofa sobre el arte moderno.

El político odiaba el retrato. Lo calificó de *mortal affront, malignant, outrage*. Lo que molestó al retratado fue la decadencia y la vejez manifiesta del retratado que, como no podía ser de otra manera, la obra de Sutherland refleja muy bien. No sabemos cómo reaccionó Isabel II ante las cuatro litografías coloristas producidas por Andy Warhol en 1985 y, al parecer, tampoco le satisfizo demasiado el pequeño retrato pintado por Lucian Freud en 2001, tan descarnado como el que Velázquez hizo al Papa Inocencio X o como debió ser el de Sutherland a Churchill.

El cuadro fue llevado a la finca familiar de Chartwell y nunca más se supo de su existencia a pesar del acuerdo de que a la muerte del político fuera exhibido en el Parla-



mento. En 2015, Sonia Purnell, la biógrafa de Lady Churchill encontró una evidencia concluyente de que la obra había sido quemada por orden de ella. La pintura fue sacada en plena noche por su secretario privado, conducida a una casa de campo y quemada tan lejos de la carretera que nadie se dio cuenta. Una acción penada sin duda por la ley por atentar a los derechos de autor del artista.

Sin embargo, sobreviven bocetos preparatorios y estudios al óleo, así como una serie de fotografías. Estos materiales fueron utilizados por el equipo de Factum Arte y la gran retratista española María Bisbal para realizar en 2017 la reconstrucción digital de esta imagen icónica. El proceso de pintura, escaneo, impresión y estudio de la obra fue grabado para la serie de televisión *Mys-*

La mujer de Churchill mandó quemar a escondidas el retrato que le pintó Sutherland

Anthony Blunt, encargado de las obras de arte de la Corona durante 27 años, fue espía de la KGB

tery of the Lost Paintings producida por Sky Arts.

Espías en palacio

En la tercera temporada de *The Crown*, que arranca en 1964, aparece el segundo episodio que quería relatarles. El primer capítulo nos pre-

senta a Sir Anthony Blunt (1907-1983) quien ocupó el cargo de *Surveyor of the Queen's Pictures* –el *curator* encargado del cuidado y mantenimiento de las obras de arte de la Corona durante 27 años, 19 de los cuales también trabajó como espía para la Unión Soviética-. Cuando era estudiante de Cambridge en 1933, Blunt visitó la Unión Soviética en 1933 y fue reclutado por la KGB para convertirse junto a otros compañeros de estudios, los famosos *Cambridge Five*, un grupo de espías que trabajaron para la Unión Soviética durante la Guerra fría. Durante la Segunda Guerra Mundial usó ese tiempo para pasar información confidencial sobre los alemanes a los soviéticos y recuperó una carta con información comprometedor que supuestamente el Duque de Windsor



▲ Acto de entrega del retrato de Churchill de Sutherland.

◀ María Bisbal y el equipo de Factum Arte se encargaron del proceso de reconstrucción digital del retrato.

había enviado a Hitler, episodio que aparece en la temporada 2 de la serie y se había borrado de la historia oficial. Blunt era familiar de la Reina Madre, caballero del imperio británico y uno de los más reputados historiadores de arte en la época, director del Instituto Courthauld, miembro del Instituto Warburg, autor de obras sobre arte y arquitectura en el Renacimiento italiano que siguen siendo de consulta obligada.

Una acotación necesaria: la Royal Collection no es una colección privada de la Reina, sino un conjunto institucional y fabuloso de obras afectas a la Corona sobre las cuales esta mantiene facultades de supervisión, pero ninguna de disposición. El Barón Thyssen-Bornemisza relata en sus memorias las presiones que tuvo de Margaret Thatcher y de varios *royals* para que su colección tuviera como destino Londres y no Madrid.

Hasta 1964, su faceta como contraespía no fue descubierta. Sir Anthony Blunt confesó a cambio de obtener la inmunidad y las autoridades guardaron el secreto y le permitieron seguir trabajando para la Reina con despacho propio en Buckingham durante diez años más. La serie sugiere que Blunt tenía material para chantajear al Príncipe Felipe, marido de la Reina, aunque lo más evidente fue el objetivo de proteger a la familia real de un posible escándalo.

Blunt no fue acusado públicamente hasta 1979, cuando Margaret Thatcher llegó al poder. Entonces, la reina le privó de su título de caballero, fue destituido de sus cargos y terminó llevando una vida aislada y tranquila. En sus memorias (embargadas hasta 2009), confesó que ser un espía había sido uno de los peores errores de su vida y, con un punto de cinismo, que cuando Thatcher desveló su nombre en los Comunes, pensó “muy seriamente” en el suicidio, pero prefirió seguir viviendo para terminar varios libros de Historia del Arte, como así hizo. John Banville le dedica una obra con título muy apropiado: *El intocable*.



▲ Sir Anthony Blunt.

◀ Sutherland, ante el retrato inacabado.